

En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y á rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO IMPORTANTE.

BIBLIOTECA POPULAR.

Impresos ya y encuadernados el **Manual de Mitología**, original de don Patricio de la Escosura, y el tomo primero de las **Obras festivas de Quevedo**, se va á proceder inmediatamente á su distribucion por tomos, tanto en Madrid como en las provincias. Los señores corresponsales ó suscritores que no hubiesen pasado aviso, se servirán verificarlo inmediatamente para no experimentar retraso en la remesa.

Se está repartiendo por pliegos en Madrid el tomo segundo de las **Obras de Quevedo** y el primero de la **Historia de la revolución francesa, por Mr. Thiers**, con una biografía bastante estensa del autor. La traduccion está hecha con el mayor esmero, teniendo á la vista la de los señores Miñano, y Martínez del Romero, y sin haber omitido nada para que la edición sea de lo mas completo, correcto y esmerado posible; reuniendo la ventaja de salir en un precio mucho menor que la mitad de lo que cuestan las ediciones mas baratas hechas hasta ahora. También convendrá que nos remitan nuestros suscritores y corresponsales, inmediatamente, las listas de pedidos, porque nos proponemos que el servicio de la Biblioteca se haga con tal regularidad, que sea simultánea la repartición de los tomos en Madrid y en provincia.

Ha terminado ya la repartición del Manual de historia romana, y de la **Maga de la Montaña**; los que no lo hubiesen recibido, se servirán hacer la oportuna reclamación.

Para fines de este mes, repartiremos según está ofrecido, la **Historia del Descubrimiento y Conquista de América**, escrita en alemán por Campe, y traducida por

nuestro colaborador en el **Museo**, el Sr. Villabrille, precedida de una introduccion y un apéndice sobre la division y estado actual de las repúblicas de América. La edición es magnífica, con 125 grabados y 16 láminas tiradas en esquisito papel aparte del texto. Forma un volumen en 8.º mayor, y apesar de su inmenso costo lo hemos ofrecido á nuestros suscritores al precio de 30 rs. en Madrid y 34 en provincia, á condiccion de que hagan el pedido antes de la repartición del tomo, pues una vez concluida esta, nadie la obtendrá sino con 40 reales de aumento.

BENVENUTO CELLINI.

Benvenuto Cellini, autor de la estátua de Perseo, de la que ofrecemos en este número una imagen muy exacta, reasume en sí sola, en su vida y sus obras, todo el siglo XVI considerado bajo el punto de vista de bellas artes. Cuando Cellini llegó á la edad de cincuenta y nueve años, comenzó á escribir la historia de su vida, que no fué otra cosa que un tejido de aventuras peligrosas. Su padre se llamaba Andrés Cellini; Benvenuto nació en Florencia, y al punto que llegó á edad suficiente para aprender la música, lo dedicó su padre á ella. Sus progresos fueron rápidos; pero se cansó pronto, y abandonó sus encantos, para entrar de aprendiz en casa de un acreditado platero. En la época que mas aplicación mostraba por su arte, puso sitio á Roma donde se hallaba nuestro artista, el condestable de Borbon, y no fué por cierto el joven Benvenuto el último de los que empuñaron las armas para defender su patria. Encerróse en el castillo de San Angelo, entre cuyos defensores se distinguió bizarramente. Mas tarde concluida esta guerra, se alrevió á pedir al papa Pablo III, la recompensa á que se consideraba acreedor por sus servicios, pero en vez de concederle lo que solicitaba, le hizo prender y encerrar en una prision de estado; se le acusaba falsamente de haber contrahecho las joyas de la

corona pontifical, confiadas á su guarda durante el sitio. Cellini consiguió huirse dos veces del castillo, arrojando las mayores dificultades y peligros, y las dos volvió á ser preso y aun también sentenciado á muerte la última. El rey de Francia, Francisco I, que había oído hablar de la rara habilidad de este jóven en el arte que profesaba, intercedió para con el papa por su vida, invitándole al mismo tiempo á que lo hiciera venir á su corte. Pablo III accedió á todo satisfecho, ya que no con hacerle morir, con lograr que saliera de sus dominios el revoltoso é intrepido florentino; Benvenuto Cellini llegó á Francia, y se vió de nuevo rodeado de aventuras, de fiestas, duelos, amores, y emprendiendo obras que veía coronadas con el éxito mas feliz. El rey le recibió prodigándole todo género de distinciones, de honores y le concedió en propiedad el pequeño Nesle, para que viviera y estableciese sus talleres. En este tiempo la mansión de Fontainebleau era la que fijaba la atención del monarca. Fontainebleau era el Versalles de Francisco I. La reina en soberanía era la favorita y hermosa duquesa de Etampes; pero no plegándose el carácter de Benvenuto lo bastante para quemar incienso en los altares de una cortesana, tuvo que combatir todos los rigores de una poderosa enemiga. La duquesa protegía al Primático, rival de Benvenuto; pero rival poco temible como artista.

Cellini acababa de fundir una bellísima y colossal estatua de Júpiter, que debía colocarse en Fontainebleau, y la duquesa para conseguir que decayese el artista del favor del rey; y para confundir su nueva obra, hizo traer de Italia las mas célebres esculturas de la antigüedad, á fin de que el Jupiter de Cellini no produjese efecto alguno de admiración en el ánimo del monarca; pensando que la estatua del artista florentino, naufragaría por no poder sostener la comparación con las de Miguel Angel y otros maestros célebres. Además, el día que el rey había señalado para juzgar de la obra de Cellini, lo había pasado cazando, y la hábil duquesa hizo que se entretuviera hasta despues de puesto el sol, para que las sombras de la noche no le permitieran distinguir las bellezas del Jupiter. Cualquiera otro que no fuera Benvenuto, hubiera temblado por el éxito de su obra; porque como esperar salvarla situada en una galeria en que estaban reunidas las obras maestras de Italia, y cuando para su estatua no le habían dejado mas hueco que el de un oscuro y mezquino rincón? Sin embargo, conociendo el artista que todo era obra de su enemiga la duquesa que deseaba perderle, lejos de desmayar su ánimo, se acrecia con las dificultades que tenía que vencer. Cellini hizo construir una peana con ruedas á manera de carretoncillo, y en ella colocó la estatua, para que sobresaliese á todas las demas, y llevó á uno de sus aprendices, que colocado á conveniente distancia había de encender cuando llegase la corte, y á una señal convenida, un ha-

chon que iluminaría su Júpiter con una luz hábilmente combinada.

Todo dispuesto así, cuando llegó el rey á contemplar la obra de su amigo, hizo este con el auxilio de las ruedas que saliese á su encuentro la estatua, y los rayos que despedía el hachon la iluminaban de tal manera que resaltaba sobre todas las esculturas que la rodeaban. El efecto era casi mágico; Francisco I se manifestó admirado y sorprendido y toda su corte lo mismo; el triunfo del artista fué completo.



Estatua de Perséo.

Al mismo tiempo que se ocupaba de estas grandes obras que enriquecían la Francia, dedicábase tambien y con el mismo ardor á las de platería. En sus manos se centuplicaba el valor del

oro y de la plata, fabricaba vasos, jarrones y todo género de útiles y bagatelas, esculpidas con figuras, y cinceladas con tanta prolijidad y acabado de gusto, que al mismo tiempo que ricos juguetes y adornos preciosos, eran alhajas de valor inestimable. Las más insignificantes de las obras de Cellini no tienen hoy precio. Se encuentran sortijas sencillas de plata que se conservan como más preciosas que las guarnecidas de piedras preciosas. No ha mucho tiempo que un inglés entusiasta de las artes, ha pagado 800 luises por una taza de plata cincelada obra del platero florentino.

Una tarde, á pesar del triunfo de su Júpiter, tuvo que ceder á la duquesa de Etampes; además que su imaginación exaltada é inquieta se acomodaba mal á permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, y le era indispensable á toda costa crearse aventuras, deudas, duelos, vivir en la miseria unas veces, otras en la opulencia y siempre á merced de la casualidad; una vida tranquila, una gloria pacífica no se acomodaban bien á su aturdimiento y á su genio de artista. Por esto abandonó á Paris; dijo á Dios á su palacio, á sus trabajos medio comenzados, abandonó el campo á sus enemigos que era lo que más sentía, y volvió á Italia, regresó á su patria, á su primer amor. En las memorias de su vida que escribió el mismo con mucha imparcialidad, y estilo tan bello y elegante que se han considerado después obras clásicas del idioma italiano, describe de una manera maravillosa como consiguió fundir su estatua de Perseo; las diversas sensaciones y la ansiedad que experimentaba al ver que el fuego disminuía su acción; que le iba faltando el metal; lo que sintió en un instante que hubo, en que creyó perdida su obra maestra, y que triunfaban de él sus enemigos. Últimamente, el que no teniendo ya más esperanza que en el cielo, se bincó de rodillas y dirigió á Dios la más fervorosa oración que había hecho en su vida. Cuando terminó su oración se incorporó y fué á mirar la estatua: ó milagro! ya estaba fundida; acabada su grande obra!

Cuando Cellini satisfecho de gloria y de dinero, aburrido como todos los hombres superiores, fatigado de triunfos y de trabajos, sintió que se apoderaba de su alma la vejez, se hizo misántropo, tomó el hábito de monje, corrigió sus memorias, y murió el 23 de febrero de 1570 á la edad de setenta años.

LA PIEDRA DE VOCACION.

A últimos del mes de febrero del año de 1650, paró á la puerta del convento de monjas Carmelitas de Tours, un soberbio carruaje del que se apearon dos señoras vestidas de negro y á las que se apresuró á abrir las porteras, así que las divisó, porque eran nada menos que la hermana y la sobrina de la superiora.

Mientras que la tornera guiaba al locutorio á las dos recién llegadas, y que la portera iba á prevenir á la abadesa de la llegada de sus parientas, se disponía el cochero á encerrar el carruaje en una posada de la vecindad, no sin excitar en su tránsito la curiosidad de los paseantes y de los tenderos, que salían al umbral de las puertas, para ver á su paso la carroza guarnecida de blasones y góticos adornos de oro.

Las dos señoras estaban sentadas en los escaños y severos bancos de nogal. Únicos muebles que había en aquella solitaria sala. Ambas guardaban silencio. La de más edad, que contaría como unos cincuenta años, era de elevada estatura y aunque grave su continente y de rostro severo, no desagradaba, porque la expresión de su fisonomía estaba neutralizada por las apariencias de un carácter bondadoso, ó mas bien resignado. Se conocía que la desgracia y las pruebas á que sin duda la había sometido un destino injusto, habían quebrantado su alma, naturalmente ávida, y su corazón firme y decidido. Se conocía que antes de abatirse á la opresión, habría resistido muchos golpes y que ahora á pesar de la cristiana humildad, surgían aun á su imaginación pensamientos orgullosos, producto de una fibra enérgica é indomable.

En la otra por el contrario, todo respiraba dulzura y candor, y no podía fijarse la mirada sin emoción y por decirlo así, sin ternura, en sus bellos ojos de azul tan puro como el cielo y en sus cabellos que como otros tantos hilos de oro, caían sobre su garganta y espalda en menudos rizos. Su estatura aunque mediana no carecía de elegancia, ni de proporción su flexible tallo y esbeltas contornos. Desde que penetró por el umbral de aquella casa que ofrecía á su vista formas colosales y tétrica apariencia faz, había caminado con paso lento y con cierta vacilación que añadía un encanto más á los que por sí solos, bastaban para rodearla de una atmósfera de vaguedad y timidez sobrenaturales.

Guardaban silencio las dos damas, ni una ni otra despegaron sus labios, volvieron los ojos para mirarse, ni turbaron con el rumor del más leve movimiento la soledad de aquella estancia, hasta que el estrépito que de pronto hizo una puerta girando sobre sus visagras, vino á interrumpirlas de sus meditaciones. La superiora apareció y en su fisonomía pálida alterada por las austeridades del claustro y las privaciones que impone una orden cuyas reglas severas prohíben todo alimento substancioso, y todo calzado en los pies, no se leía otra cosa que la exageración del carácter místico de una persona consagrada enteramente á Dios, indiferente á las cosas terrenas, y que por la manera de saludar á sus parientas, se conocía de sobra que apenas quedaba en su corazón un resto de afección humana.

«Ave María, hermanas.

—Gracia plena, se apresuraron á contestar las visitadoras.

En seguida dirigiéndose la abadesa á la do

mas edad, exclamó: «A pesar mío, me siento conmovida al reparar en vuestros vestidos de luto, porque anuncian la muerte de alguno de los que fueron mis parientes, antes de romper los lazos que mellgaban con el mundo. Quizás vestís ropas de ese triste color por la muerte de mi padre ó de mi madre; pero nada quiero saber, nada me digáis, añadió conociento firme aunque trémulo; la regla de mi orden me prohíbe todo recuerdo, toda afección mundana. Voy á recitar un *de profundis* por el mortal que ha sucumbido; tenga Dios misericordia de su alma.»

Arrodillóse y comenzó á murmurar su lágubre oración, las dos damas juntaron sus voces á las suyas, no sin interrumpirse de vez en cuando con lágrimas que las hacia derramar la pena que las afligia; una vestía luto por su madre y la otra por su abuela.

La abadesa debió comprender cual era el alma por la que habia orado, por que al levantarse estaba su megilla bañada con una lagrimea.

—Hermana, preguntó la de mas edad, no dáis vuestra bendición á Luisa mi hija y sobrina vuestra?

—Yo no tengo hermana, ni sobrina; mi corazón debe ser... mi corazón ha muerto para el mundo, ya os lo he dicho, está muerto como la fria ceniza sobre que acabamos de orar; pero estenderé mis manos sobre la cabeza de esta jóven, sin experiencia de las cosas del mundo!... pediré á Dios abra sus ojos á la luz de la verdadera fé, para que la inspire piadosas ideas, para que la aleje de los peligros y para que la llame á santos que permitir se mancille con el pecado. Si añadio... niña... si, Luisa, no es este vuestro nombre? antes mil veces la muerte que el pecado. Oh! si Dios se sirviese secundar los votos de la mas indigna y humilde de sus criaturas, si hallase algun género de convicción en mis pecadoras palabras, no saldriais ya mas de este asilo impénétrable á las seducciones de los ángeles tentadores; os consagrariais desde hoy al culto del Señor, hariais penitencia y con vuestras manos os abieriais las puertas del cielo. Por alcanzar su infinito reino, no scotís el deseo de consagrar vuestra existencia á Dios, de vestirlos con el cilicio de las penitentes, cortar vuestros cabellos, vana y fatal belleza, para comenzar aqui, bajo un cántico de acción de gracias, que no se interrumpirá mas que un momento, el de vuestra muerte, para continuarlo en el paraíso, por toda la eternidad?

La jóven que estaba arrodillada se habia estremecido cuando sintió pasar por sus rubios cabellos, la mano seca y fria de la abadesa; quizás pensó que podrian secarse bajo la influencia del contacto de su tia, y este movimiento que no se ocultó á la penetración de la hija de santa Clara, la hizo exclamar:

—Ya veó que vuestra hora no ha llegado todavía, Dios no quiere sin duda secundar mis votos mas ardientes, y esto será por que á pesar mío, le

ruego con mas fervor por la hija de mi hermana que por cualquiera otra cristiana. Cómplase la voluntad de Dios! Venid hermanas, yo misma os guiaré á las habitaciones que ocupareis todo el tiempo que dure el retiro que os hayais impuesto para disponerós á las penitencias del tiempo santo de la cuaresma.»

Encendió una linterna en la luz de una lámpara que ardia ante un crucifijo, y caminando al traves de largos corredores llevó á su hermana y sobrina hasta las habitaciones que caian al opuesto extremo del edificio. Luisa pálida y sobrengida de emoción y miedo, siguió á su estraña guia, experimentando un vago y tercilico sentimiento, al escuchar el rumor que producian en las losas, los pies desnudos de la carmelita, y ante la luz rojiza é incierta de la lámpara que arrojaba sus rayos sobre las paredes yerlas y ennegrecidas por el tiempo y la humedad. Despues de caminar por espacio de algunos minutos, se detuvo la religiosa delante de dos puertas vecinas y cerradas con pesados cerrojos, muy parecidos á los que estorban la salida de los calabozos.

—Esta es vuestra habitación, la dijo: aqui no encontrareis nada del lujo mundano que habeis dejado al entrar en este claustro, sin embargo de que toda esta pobreza, no es comparable con la de una carmelita; en su celda no se encuentra nada mas por lecho y por adorno, que el féretro que guardará sus huesos algun dia. He mandado trasladar á esta habitacion el equipage que traiais en vuestro coche, conque así, buenas noches, y que Dios y la santa Virgen protéjan y velen por la salud de vuestra alma!

Arrodillóse, murmuró una oración y despues sin añadir una palabra mas, se volvió por el mismo camino por donde habia conducido á sus huéspedes, y desapareció al traves de las vueltas del claustro.

Cuando Luisa se vió sola en la celda, respiró con libertad porque se sentia aliviada con la ausencia de la severa criatura que difundia en su derredor un frio que helaba su corazón; se acercó á la chimenea en que brillaba juguetaña la llama de un gran fuego, y no obstante las recomendaciones de su madre, al retirarse á la celda inmediata, para que se acostase al momento, no pudo resistir al deseo de inventariar los objetos que amueblaban su nueva habitacion. Una cama, un armario de nogal, un espejo turbio y empañado por el tiempo y dos grandes sillones de elevado respaldo, era todo lo que en el cuartó habia; sin embargo no olvidaron trasladar nada de lo que habia sacado del castillo paternal, ni aun su bandolina y su papagayo. Examinándolo y reconociéndolo todo minuciosamente, no se cuidó de privarse del ilícito placer de herir las cuerdas con sus dedos, ni acariciar con su mano al pájaro que se entregaba con la mayor tranquilidad á un dulce sueño: en seguida se puso á ojear un ahultado manuscrito que encontró; contemplaba distraidamente las estampas de que es-

taba plagado, y acabó por intentar descifrar algunas palabras de aquel género de escrituras que no ofrecia grandes dificultades á un buen lector. En la hoja en que leía estaba escrita la historia de una abadesa del convento muerta en olor de santidad.

«Sor María de la Misericordia era una señora griega de elevado nacimiento, y conocida en el mundo bajo el nombre de la princesa Línea Poligenes. Viajando por Francia concibió aunque educada en las prácticas de la heregia, el deseo de visitar el convento de carmelitas de Tours, y pasó por casualidad sobre la *pedra de vocacion*, que se halla á la entrada del coro! Habiéndolo quedado viuda á tres años despues ahijó sus errores en manos del arzobispo de Tours, entró en el convento de carmelitas, tomó el velo, consagró su vida á la oracion y la penitencia, bajo el nombre de sor María de la Misericordia, y fué elegida abadesa quinete años despues de profesar. Ejerció cuatro años estecargó y murió en olor de santidad á la edad de treinta y nueve años.»

—A la edad de treinta y nueve años ! exclamó Luisa, con que no tenia mas que veinte cuando renunció al mundo? Y este pensamiento la inquietó toda la noche, la estorbó dormirse en un gran rato y vino á turbar hasta la tranquilidad de sus sueños. Pensaba que se la aparecía sor María de la Misericordia, que la llamaba, mostrándola el cielo, que la hablaba de su vida religiosa, empujándola á no esponerse á los peligros del mundo, á los lazos de Satan, y que la echaba un velo por la cabeza. Cuando despertó, latía su corazon con violencia, un sudor frio cubría su frente y un movimiento convulsivo la hacia temblar de pies á cabeza. En este momento la campana tocaba á matines y vino su madre á llamarla para asistir al coro.

Precipitadamente se vistió la joven y acompañó á su madre á la oscura nave donde las religiosas estaban ya arrodilladas y comenzaban el primer oficio de la mañana. Cuando se acabaron los matines, hizo seña la superiora á sus huéspedes para que se retirasen del coro. Luisa siguió á su madre con los ojos bajos, cuando de pronto la detuvo una exclamacion unanime de las religiosas.

«Ah! será de las nuestras, pertenece á Dios! Santa María de la Misericordia, la llama á si.»

Al escuchar el nombre de santa María de la Misericordia que tanto la habia preocupado durante la noche, se estremió la pobre moza, y dirigió en su derredor miradas inquietas, como para pedir esplicacion de lo que acababa de oír.

—Hermana mia, habeis caminado sobre la *pedra de vocacion*, dijo la abadesa, y esa es una prueba infalible de que tomareis el velo.

—La *pedra de vocacion*! exclamó Luisa, con un terror que hizo volver á las religiosas; la *pedra de vocacion*! donde está?

—A vuestros pies, estais sobre ella.

La joven dió un salto y fué á refugiarse á los brazos de su madre.

—Ya es tarde, dijo la religiosa; nos pertenezcis y en vano habeis de luchar contra la vocacion que os llama; en vano os entregareis á las seducciones del mundo, en vano cerrareis vuestros oidos á la voz divina; tomareis el velo como nuestra santa abadesa, seréis la hermana Luisa de la Misericordia, Hermanas mías, arrodillémonos y elevemos nuestras preces á Dios en accion de gracias, por la santa y divina promesa que acaba de hacer á esa inesperta niña.

Obedecieron é imitaron las monjas á su superiora que se arrodilló, y comenzaron á cantar un *Te Deum* que escuchó Luisa que estaba palida como un difunto.

Sin embargo pasada la primera impresion disipóse su temor, y un momento despues brilló en sus labios una desdefiosa sonrisa acordándose de la supersticiosa creencia de las carmelitas sobre la *pedra de vocacion*, porque acababa de llegar un correo de París que puso en manos de la madre de Luisa un nombramiento de camarista de Enriqueta de Inglaterra, para Luisa FRANCISCA LEONOR DE LA VALLIERE.

El resto de esta historia es harto conocido y notorio: todo el mundo sabe con cuanta severidad y elocuencia resonó la voz de Bossuet en la iglesia de Carmelitas de París, el 9 de abril de 1674, cuando una pobre muger, joven todavia, con el corazon quebrantado por las decepciones é ingratiitudes del mundo, arrepentida de las faltas que el amor le habia hecho cometer, sin mas deseo que la muerte, tomó el velo bajo el nombre de hermana Luisa de la Misericordia.

NISMES.

LA TORRE MAGNA.

Poco notable como ciudad moderna ofrece la villa de Nismes, en Francia; pero por el contrario pocas hay en Europa que posean mas testimonios de la grandeza romana, y que sea mas digna de fijar la atencion como ciudad antigua: ninguna encierra tantos monumentos mas curiosos y mas dignos del estudio del artista, y del historiador. Entre sus numerosas antigüedades, se admiran sobre todo, la casa cuadrada; las arenas, anfiteatro capaz de contener 17,000 espectadores; la fuente y el templo de Diana; la puerta del César y la Torre Magna.

De este último monumento vamos á ocuparnos ahora; el nombre con que se la designa lo debe á que era la torre mas colosal y mejor construida de todas las que encerraban los antiguos muros

de Nismes. De esta torre espuesta por su elevacion á servir de blanco á las injurias del tiempo, no se conservan mas que restos mutilados, que no dejan de llamar la atencion, aunque no sea mas que por la imponente magestad de sus ruinas.

Está construida la Torre Magna en forma de pirámide y sobre una eminencia que domina la villa y que en otro tiempo comprendian sus murallas. En el interior de ella habia seis habitaciones, si es que puede darse este nombre á espacios



Ruinas de la Torre Magna.

vacios que no tenían uso alguno ni mas objeto que descargar la totalidad de la construccion de una masa inútil, y que hubiera podido contribuir á que la torre se desplomase por efecto de su pesantez. Su órden de arquitectura pertenece al dórico; y esto se descubre muy bien apesar que todo lo que resta del monumento no escede de veinte pies, que es una tercera parte de la de su elevacion primitiva. Las gradas de la escalera están destruidas, de suerte que para subir, es preciso valerse de una escala ó ir colocando los pies no sin peligro, en los agujeros practicados espresamente á este fin en las paredes exteriores.

Los anticuarios no están conformes respecto del

objeto á que estaria destinada la Torre Magna; pero de todas las opiniones emitidas sobre este punto la mas probable es la de los que aseguran servia para colocar faros, que prevenian en tiempo de guerra á toda la comarca, de que era metrópoli Nismes, los peligros que la amenazaban. La situacion de este monumento sobre un lugar elevado, y la escalera construida solo de intento para llegar á la cúspide, y no á ninguna de las demas partes enteramente interceptadas, prueban que no debia emplearse mas que para este uso.

El origen de su construccion, segun las opiniones mas admitidas, remonta á la época en que se establecieron en Nismes los primeros romanos.



Coracero de 1617.

LOS CORACEROS.

Antes de la invencion de la pólvora, se guardaba un sistema distinto del actual, respecto á la manera de armar las tropas; los diferentes cuerpos

que entonces existian, iban armados los unos solamente con espada ó lanza, y otros de mazas, hachas, puñales, picas y palos endurecidos con la accion del fuego. Las corazas y armaduras entonces servian de mucho para librarse de los golpes



Coracero de 1634.

de los enemigos, pero desde que el uso de la pólvora introdujo las armas de fuego portátiles, la caballería armada de coraza no estuvo con ella ya al abrigo mas que de los golpes de sable, de lanza, de bayoneta, y aun tambien de las balas lanzadas desde gran distancia.

Los dos grabados que anteceden, representan al coracero francés de la época del imperio uno, y al del año de 1854 el otro. En los combates los carabineros, y coraceros se servían poco de sus armas de fuego; porque pelean siempre en lo general en línea y con el arma blanca: el destino especial de este género de tropas es el de desordenar las masas y romper los cuadros, introduciendo la confusión en las filas enemigas, cuando llega la ocasión de decidir la victoria. Muchas veces se ha visto á estavalerosa caballería apoderarse á la carga de baterías formidables.

Casi todas las potencias de Europa tienen ya regimientos de coraceros, pero su origen es sin duda alemán. La Inglaterra, el reino de Nápoles, la Suecia, y algunos pequeños estados de Alemania son las únicas naciones que no cuentan hoy dia regimientos de coraceros.

LA GASTRONOMIA.

Bajo este término se comprenden las reglas que deben observarse para comer bien ó el arte de preparar bien una comida. Se ha hecho bastante común y familiar esta palabra, especialmente, desde que M. Berchoux publicó un poema muy gracioso bajo el título de *Gastronomía*. Mas voluptuosos los asiáticos que otros pueblos, fueron los primeros que en la preparación de sus métodos, emplearon todas las producciones de su país: el comercio trasportó estas mismas producciones á los países vecinos, y de esta suerte la delicadeza de la mesa pasó desde el Asia á otros pueblos. Los persas comunicaron á los griegos este ramo de lujo, al cual se opusieron con vigor y constancia los sabios legisladores de Lacedemonia. Hablándose hecho los romanos ricos y poderosos, singularon las costumbres de sus antiguas leyes, abandonaron la vida frugal y se entregaron á los placeres de la gastronomía; pero ellos los convirtieron bien pronto en una estrénada licencia y corrupción. En efecto, de los romanos proviene el uso de la multitud de servicios y el establecimiento de los empleados bajo el nombre de *coqueros*, *mayordomos*, *uñeres de vianda* &c. Pero sus cocineros eran gente de grande importancia: se les buscaba con avidéz, se les dispensaban las mayores consideraciones, y se les pagaba en proporción á su mérito.

Habia en Roma un cocinero á quien se daban cuatro talentos anualmente, que equivalen á unos 76,000 reales de vellón. Marco Antonio quedó

tan satisfecho de uno de sus cocineros en el convite que dió á la reina Cleopatra, que le agració con una ciudad por recompensa. Los cocineros escitan el apetito de sus dueños con la diversidad de sus guisados, y estienen su arte hasta el punto de hacer cambiar de figura unos mismos manjares; ellos imitan pescados cuando no los pueden conseguir, y dan á otros el sabor y la forma de los que el clima ó la estación escitan la golosina. El cocinero de Trimalcion hacia lo mismo con la carne de pescado, con la de otros animales diferentes, con la de palomas torcazes, con la de tortugas, pollos &c. Ateneo habla de un lechoncillo mediano usado para preparar por un cocinero que habia tenido la destreza de rellenar sin sacarle las tripas. Apicio, que vivía en el reinado de Trajano, habia encontrado el secreto de conservar frescas las ostras, y desde Italia le envió algunas á este príncipe durante su permanencia en el país de los partos, las cuales se conservaban todavía en el mejor estado cuando llegaron. De esta suerte el nombre de Apicio celebrado largo tiempo por sus variados guisos, formó una especie de secta entre los glotonos de Roma. Los italianos han heredado las primeras reliquias de la cocina romana; estos son los que han hecho conocer á los franceses el buen gusto en la comida, cuyos excesos han tratado de reprimir por medio de edictos muchos reyes; pero por último la gastronomía triunfó bajo el reinado de Enrique II. Entonces muchos cocineros se establecieron en Francia, y está es una de las mas ligeras atenciones que los franceses deben á tantos italianos corrompidos que sirvieron en la corte de Catalina de Médicis. Aquellos sabiendo el gusto que debe darse á cada guisado, aventajaron bien pronto á sus maestros los italianos é hicieron olvidar su memoria.

ANUNCIO.

En el Gabinete literario calle del Príncipe hay un abundante surtido de **Oficios Divinos** encuadernados, de todas clases y precios. En pasta fina, taflete, con planchas y cortes dorados, terciopelo liso, de mosaicos y con adornos dorados y plateados de exquisito gusto. Tambien hay **Semanas Santas**, de varias ediciones con finisimas láminas y encuadernaciones de todos géneros. Los pedidos en las provincias se dirigen por conducto de los correspondientes del Establecimiento tipográfico del Sr. Mellado.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE DON FRANCISCO DE P. M.—EDITOR.

calle del Sorlo, núm. 11.